

Carlos San Juan  
Victoria\*

A N T R O P O L O G Í A

*Resumen:* El texto de este artículo fue leído en el coloquio “El INAH a sus 75 años: la visión de sus investigadores”, en octubre de 2014. Es un recuento que abarca casi un siglo de historia del instituto, desde su fundación durante el gobierno de Lázaro Cárdenas hasta la actual administración encabezada por la doctora María Teresa Franco. Centrado en los conceptos de arraigo y potencia cultural, el artículo anuda los diversos hilos que forman la trama de nuestra identidad republicana, enraizada ésta en un pasado que legitima la permanencia de diferentes grupos sociales. Así, en un proceso de construcción histórica no exento de fricciones, la identidad cultural del republicanismo desentierra su memoria para labrar su presente y otear el futuro, con miras a asentar ahí la cultura y la historia de la nación mexicana.

*Palabras clave:* patrimonio cultural, identidad, memoria histórica, republicanismo, INAH.

*Abstract:* The text of this article was presented at the colloquium “INAH at 75 Years: The Vision of Its Researchers” in October 2014. It is an account that spans almost a century of the institute’s history from its foundation during the presidential term of Lázaro Cárdenas to the current administration headed by Dr. María Teresa Franco. Focusing on the concepts of its roots and cultural power, the article ties together the diverse threads that form the warp of our identity as a republic, rooted in a past that legitimizes the presence of different social groups. Thus, in a process of historical construction, not free from friction, the cultural identity of republicanism exhumes its memory to carve out its present and to scan the future, aimed at establishing the culture and history of the Mexican nation.

*Keywords:* Cultural patrimony, identity, historical memory, republicanism, INAH.

## En el torbellino que todo rehace. La fuerza del arraigo

**P**ara decirlo, como quería Alfonso Reyes, “en una nuez”, trataré —en la medida de mis muy inciertas posibilidades— de sugerir lo siguiente: que nuestra institución se asienta *en una potencia* con dos afluentes: primero la construcción cultural milenaria ocurrida en este territorio ahora llamado México, y las sucesivas capas culturales surgidas con la colonización europea y las repúblicas. En ellas se asentó una voluntad republicana constructora de nación. Un afluente que creó en fases sucesivas a las instituciones y políticas, hasta llegar al general Cárdenas, quien las unifica y consolida en el INAH. 75 años sostenidos de experiencia pionera ahora cumplidos en la conservación, investigación y difusión del patrimonio cultural. Ese patrimonio es una *reserva estratégica que, a diferencia del petróleo, es renovable y en aumento según aumentan las capacidades presupuestales, técnicas y científicas de su cuidado*. Y puede ayudar al tránsito incierto de ese personaje imaginario que llamamos República en sus transformaciones actuales.

Esa persona imaginaria tiene una cualidad que lo empareja a cualquier campesino indígena de Mesoamérica: *la voluntad del arraigo*. Como sabemos, desde los sueños del patriotismo criollo a finales del siglo XVIII se anheló esta raíz propia encarnada en gran parte en las civilizaciones mesoamericanas, y ya con la primera república de 1824 había la preocupación para que ese personaje imaginario tuviese un patrimonio donde asentar su identidad. Cuando el general Cárdenas creó mediante decreto al INAH, había de por medio una poderosa tradición republicana, que con limitados recursos técnicos, científicos e institucionales se asomaba apenas a las playas de esas civilizaciones enterradas y sus combinatorias de cinco siglos, no sólo enterradas, sino en muchos rasgos vigentes en sus muchos modos de vida.

Hago un pequeño paréntesis sobre esa voluntad vigente a micro escala antropológica y a macro escala republicana: la del arraigo. Para la cultura milenaria de los sedentarios, el arraigo tiene que ver con un pasado que

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Texto leído en el marco del Coloquio “El INAH a sus 75 años: la visión de sus investigadores”, Mesa 1: Recuento histórico del INAH, 3 de octubre de 2014.

legítima su estancia en un espacio determinado, con un presente donde alimenta su identidad en juego en entornos inciertos y de riesgo; y de veleta incierta para intuir los vientos del futuro. *El arraigo es la balsa cultural, armada con mitos, relatos, memorias e historias, para arrojarse al devenir caprichoso del tiempo.*

Se puede sugerir, así como de paso, que cada vez que se abren circunstancias de riesgo cierto, esta balsa en ocasiones se vuelve memoriosa, puede que despierte su pasado adormecido, y con el poderoso flujo de sus recuerdos, recree identidades y otee hacia adelante. Los 75 años del INAH coinciden con procesos globales y nacionales donde se reinventan asuntos tan fundamentales como los atributos soberanos de las repúblicas y la identidad cultural original en que reposan. Donde antes había trazo profundo soberano aparecen las fronteras porosas, se facilitan los accesos a territorios y recursos y se entorpecen los flujos migratorios. Por fortuna, las culturas viajan imparables en las redes comunicativas, en las imágenes y en las experiencias migratorias. Vivimos en un torbellino. En ese entorno, traer a cuento la historia del INAH y del patrimonio me parece un asunto estratégico. No olvidemos que nació en el año agitado de 1939, con un país dividido por las reformas cardenistas, las presiones intervencionistas del *lobby* de las empresas petroleras ante el presidente Roosevelt y la certidumbre de un tiempo de guerra a escala del mundo. Estamos ahora ante grandes transformaciones, donde la voluntad del arraigo, eso espero y deseo, puede liberar con fuerza a las olas de la memoria. ¿Cuánta y para qué? Eso es materia de nuestros retos, de nuestras deliberaciones y de nuestros esfuerzos.

Les ruego unos minutos de paciencia para exponerles tres o cuatro asuntos vinculados a esa *potencia* cultural, decíamos, inscrita en el patrimonio. Apenas pequeños cuadros, mejor aún, esbozos, a los que me obligan el tiempo y mis recursos limitados. Desde los primeros museos de las Repúblicas, por ejemplo, el Museo Nacional Mexicano, el Museo de Arqueología e Historia de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, y las varias direcciones que se crearon durante la posrevolución y el Decreto del general que las agrupa en el naciente INAH, hay una gran continuidad de imaginar, gestionar y proyectar a ese patrimonio como ingredien-

te sustantivo para afianzar el arraigo de ese personaje imaginario en un proyecto cultural republicano. Por ello se le adscribe a la SEP, y ya hacia la década de 1980 del siglo pasado cristaliza una Subsecretaría de Cultura para dar paso a una coordinación de muy diversos entes culturales en el actual Conaculta. *Decir patrimonio, insisto, es equivalente a ir precisando el proyecto cultural de la República.* Es hablar de un asunto donde se construyó jurisdicción legal, conocimientos científicos y técnicos altamente especializados; infraestructuras de sitios arqueológicos, redes de museos y de servicios culturales, sistemas de difusión, literalmente de contagio cultural, que ahora intentan aprovechar los medios electrónicos y digitales. Y todo ello con los históricamente limitados recursos públicos. Ese poderoso entramado, no sin insuficiencias y deficiencias, afronta y enfrenta a un mundo cada vez más complejo e interrelacionado.

En sus 75 años de institución centralizada el INAH echó raíces a lo largo y a lo ancho de este país, uno de los grandes asientos civilizatorios del mundo y de las diversas capas culturales que a la fecha lo integran, de manera especial, las surgidas por la conquista europea: la sociedad novohispana y las que surgieron de eventos como la Independencia y la Reforma. Al respecto, el INAH fue explorador, cuidadoso coleccionista, investigador, defensor y en ocasiones expoliador de los miles de patrimonios locales y regionales. Almacena ahora esa potencia en trazos que se quieren cada vez más confederados y respetuosos. Llegamos al mundo interconectado en tiempo real con una *reserva estratégica* recargada. Y podemos decir algo fuerte y necesario, que somos muy antiguos, casi como China, la India y la antigua Mesopotamia, pero también de una modernidad republicana pionera en América y el mundo. Cuando en Europa, por decir algo, aún regia la Santa Alianza que consolidaba a las monarquías, y con muchos esfuerzos se crearon rendijas para reconocer a las incipientes repúblicas con los acuerdos de Westfalia, México ya empezaba su tránsito por el sinuoso camino de las repúblicas católicas hacia las repúblicas laicas.

El proyecto cultural republicano está obligado a reconocer los empalmes, fricciones y retroalimentaciones de esa condición histórica singular: no podemos ser una modernidad clonada de las elites de entonces; ni siquiera

la Nueva España con su más grande intelectual, Sor Juana, pudo evitar que mamara y hablara la cultura náhuatl. Estamos condenados, por decirlo de alguna manera, a una modernidad creativa que vaya impulsando el reconocimiento y valoración de su condición territorial y cultural muy antigua en el contexto inevitable del mundo interconectado. Y es una condena interesante, pues se puebla de viejos diálogos y enconos, de hispanófilos y subsuelos profundos, pero también de desafíos muy concretos y actuales como la defensa de la multivariación del maíz ante la nueva barbarie homonegeizadora de los cultivos transgénicos.

¿Y eso que tiene que ver con este aparato complejo de saberes y habilidades operativas en torno al patrimonio cultural? Tal vez su desafío más concreto en el mundo global que nos toca lo personifique el mercado. Pero ¿Qué mercado? No me refiero a esa invención antropológica del intercambio, de los muchos y diversos mercados donde la gran masa de la población, en términos históricos y actuales, intenta resolver su sobrevivencia pero también inventa nichos prósperos de intercambios. Tampoco a esa experiencia vivida de manera intensa a partir de los años cuarenta y durante todo el llamado desarrollo estabilizador, donde los sitios arqueológicos ayudaron de manera sustantiva, como un poderoso atractivo, a que el turismo de sol y playa atrajera divisas a las arcas gubernamentales y propiciara de modo indirecto el crecimiento de infraestructuras de transporte y de hoteles.

Me refiero a un fenómeno que despegó desde las décadas de 1970 y 1980, una fusión compleja de grandes bancos, redes de aerotransporte, hoteles, transformaciones urbanas donde no existían trazos previos, parques temáticos y la elaboración de “productos culturales” que lindan entre la fantasía, cierto apego a la creatividad cultural local, pero que obedece a los gustos cambiantes del mercado. A una ciudad tan fuerte y atractiva como Venecia, a la vez que la colman de turistas, amenazan con vaciarla de una sola cosa, sus propios habitantes. El INAH tiene ya una experiencia en la materia, su potencia se ha desplegado no sin conflictos y limitaciones, en esos nuevos terrenos de reinención del patrimonio en su “puesta en valor”. Conoce la experiencia federal del exitoso Mundo Maya, y la gestión estatal-regional de Tajín. Es

fundamental un balance detallado, un arqueo de los activos y de los pasivos, donde esta maquinaria cultural con jurisdicción propia —atributo republicano— *no sólo regule y evite los daños del tsunami turístico vuelto gran negocio global, sino que invada este mercado con su potencia cultural.*

Puedo decir con cierta seguridad que casi termino. Y lo hago refiriéndome a una paradoja. La muy larga tradición republicana convive con rezagos y deficiencias institucionales en muy diversos ámbitos de nuestra vida nacional. Creo que estaremos de acuerdo en la imperiosa necesidad de potenciar sus capacidades regulatorias ante realidades cada vez más complejas. Gracias a los arqueólogos y etnohistoriadores el pasado crece, y ya empezaremos a enterarnos de las grandes aportaciones de los nómadas a la cultura de los sedentarios, por dar un ejemplo. Los historiadores amplían esa condición híbrida de colonia y de sociedad con fuertes autonomías materiales y simbólicas de la Nueva España. El tiempo implacable hace que monumentos y zonas urbanas consideradas recientes ingresen al catálogo de los monumentos históricos. Y cada vez que las modernidades de temporada quieren expandirse se convierten en arqueólogos involuntarios que aumentan el número de vestigios de la sociedad antigua. A diferencia del petróleo, la cultura es un recurso estratégico que se auto-renueva. Y con ello crecen las responsabilidades, pero también la potencia de la cultura.

¿Qué significa, entonces, que este gran instituto afirme sus cualidades regulatorias? Lo que alcanzo a ver son tres asuntos, seguro que son más:

- a) Que en nuestra sociedad nacional se incrementaron los actores e intereses que inciden en el patrimonio, y ello puede ser una amenaza o una oportunidad para el mandato cultural republicano. Tal vez lo pueden precisar los especialistas que tenemos, su punto nodal es el paso de una noción monopólica y federal de conservación ligado a la cultura y a la educación, al nuevo horizonte global de la “puesta en valor” de ese patrimonio. Como se sabe, el monopolio se abre entonces a los otros dos niveles de gobierno, a agrupaciones civiles y pueblos interesados o afectados en sus patrimonios locales, al eje transversal del turismo

de gran escala y de pequeña escala, a circuitos de inversiones empresariales locales, nacionales y globales. En esa complejidad de intereses, el instituto requiere de ser un cauce legítimo y legal *para que el mandato republicano, en estas nuevas condiciones sea vigente*. Tiene el peso de la jurisdicción propia y de sus especialidades científicas, técnicas y de gestión para ello.

b) Como un bastidor aún más amplio, hay un tránsito fomentado de la cultura hacia la economía, entendiendo por ello criterios de eficiencia, de costos y de ingresos monetarios para un ámbito que se regía por otros criterios. En ese tránsito ahora imparable, donde el INEGI, a tono con las tendencias mundiales, abrió una cuenta satélite sobre cultura que cuantifique sus aportaciones al producto interno bruto, y donde las muchas ramificaciones del patrimonio se entrecruzan también al turismo de gran escala; es fundamental que el INAH mantenga la tradición republicana donde patrimonio histórico es primero cultura, y luego servicio público. Puede articularse, pero no subordinarse, a costa de trivializar, mercantilizar y matar a esa potencia para el arraigo. Agrego que esa vieja relación entre economía y patrimonio, tiene un referente histórico marcado por Manuel Gamio y su modo de explorar y rescatar Teotihuacan: a través de la alianza con los pueblos vecinos y de programas que ahora podemos nombrar de desarrollo local. Esa ventana a la economía popular, ahora que parece reducirse a un horizonte empresarial privado, debe quedar abierta.

c) Las ramificaciones territoriales del INAH, su muy saludable y creciente descentralización que lo mismo hace que se encuentre en ciudades de notables como Zacatecas, en los valles indígenas oaxaqueños, en playas y montañas; permite que lo imaginemos como un gran aparato de metabolismo cultural especializado en la diversidad. Un sistema que investiga y se alimenta de las muchas culturas de este país, que propicia las conservaciones y las difunde como productos culturales. Una especie de gran raíz diversificada que convive y promueve muchos nódulos locales, *donde la potencia cultural*

*se recrea e irradia. Un arcoíris, una gran convergencia, donde iglesias pueblerinas, museos comunitarios, centros históricos, monumentos coloniales y los grandes museos nacionales coinciden como fuerzas plurales del arraigo.*

En el gran escenario del mundo vemos ahora los modos diversos en que se reinventan esos personajes imaginarios, las repúblicas y los Estados nación en que reposan. Un abanico que en uno de sus polos extremos ofrece el espectáculo de las potencias que se rehacen como Estados poderosos, celosos de su soberanía y jurisdicción y a la vez con sólidas alianzas regionales, y que a la vez influyen en el modo actual de existir del mundo global. Tal es el caso de nuestro vecino Estados Unidos de América. En medio un puñado de repúblicas, los llamados BRICS (Brasil, India, China, Rusia) que reformaron su soberanía en provecho propio e influyen en el curso del mundo, y en el otro extremo muchas repúblicas surgidas en la segunda mitad del siglo XX en África y Asia; ahora consideradas “Estados fallidos” o en franco desmantelamiento guerrero como ocurre con Palestina e Irak. En su caso, la globalización realmente existente desarma naciones. En ese laberinto incierto que es nuestro presente la República mexicana deberá orientarse, y para ello necesita de esa potencia cultural de la que hablamos, su cualidad de centro de gravedad en medio de la tormenta, de clave propia en el concierto de las transformaciones, de identidad recreada sin perder raíz, de fuerza para el arraigo ahora que todo se disuelve en el aire global.

